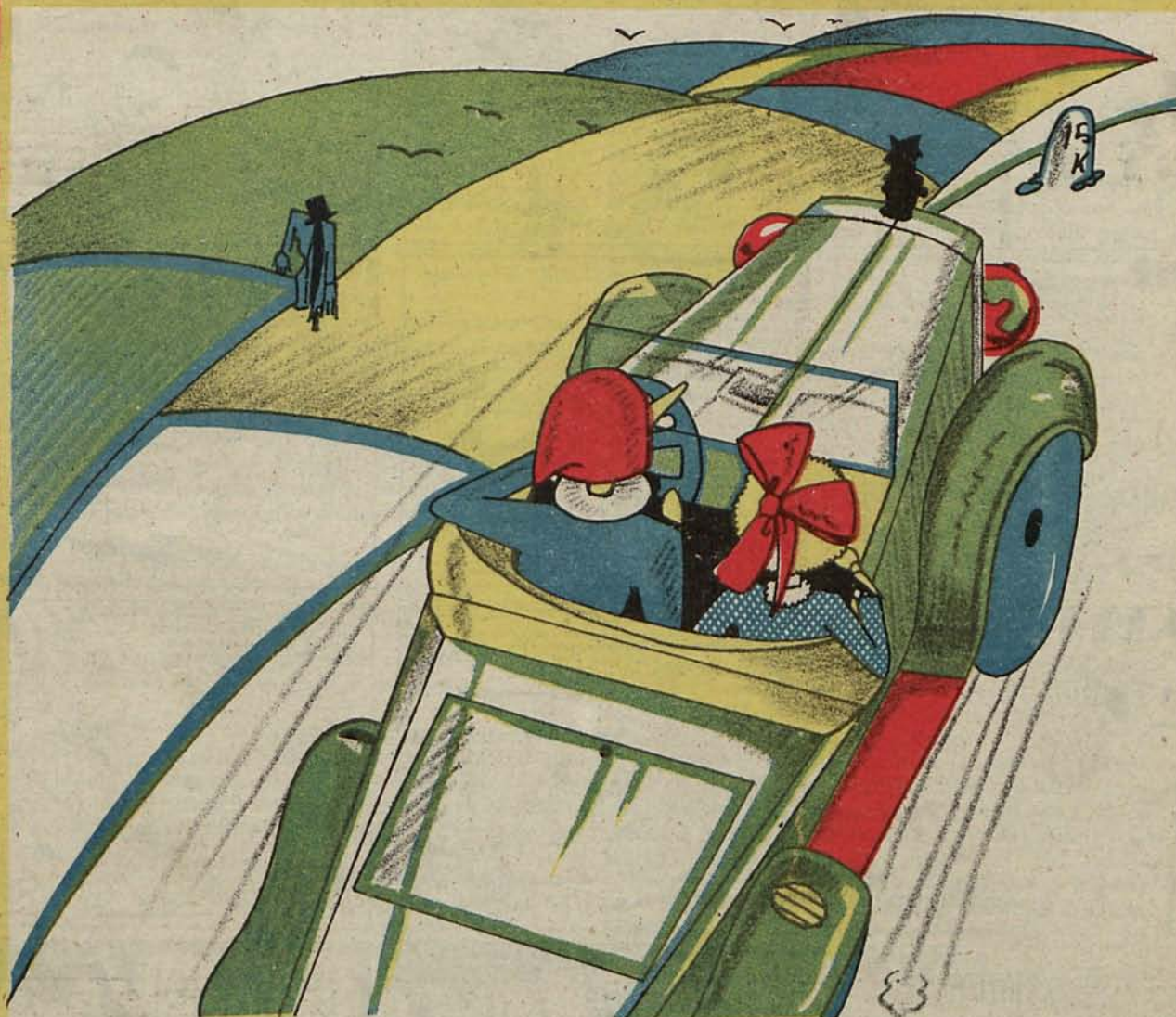


PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 199

25 cts

9 DICIEMBRE
1928



- OYE, PINOCHO; SI TU AUTO FUERA MIO ¿ SABES LO QUE HARIA ?
- ¿ QUE HARIAS ?
- TE LO REGALABA
- ¡ AH ! ¿ SI ? PUES HAZTE CUENTA DE QUE ES TUYO

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación.)

—Por ahora — les dijo — no nos amenaza ningún peligro. Godunov no se atreverá a molestaros mientras que estéis en

Samarkanda bajo la protección de... Zegedin. Voy a dejaros por pocas horas, confío en que, a mi regreso, podré daros más consoladoras noticias.

Los cuatro fugitivos diéronla las gracias a la zingara con vehementes frases, y Zegedin alejóse sonriente, no sin dirigirle antes a Shasky una larga mirada de cariñosa amistad.

Poco después, confiados a la custodia de Zub, acomodáronse lo mejor que pudieron en la vasta cámara subterránea en donde había preparadas cuatro tiendas bastante espaciales e iluminadas por humeantes lámparas de aceite.

Era ya de noche y aún estaban ellos hablando de su última aventura, pensando con terror en el momento en que habían oído sobre sus cabezas la voz ruda e imperiosa de Godunov, diciendo que le entregasen a ellos.

Vera afirmaba que habríase quitado la vida antes de caer en las manos de aquel infame. Mientras discurrían acerca de este asunto, entró Zub diciendo:

—¿Quién de ustedes se llama Vera Nicolajewna Sadoff?

—Yo —respondió inmediatamente la joven.

Shasky, Wassili y Nadia se sobresaltaron.

—¿Quién puede buscarte en este sitio y a semejantes horas?

—Me han entregado esta carta para usted.

Y diciendo esto, el voivoda le entregó a Vera una carta.

La joven rasgó el sobre rápidamente, recorriendo la hoja de papel de una ojeada, en tanto que sus compañeros trataban de leer en su rostro la impresión que le producía. Así vieron cómo Vera palidecía y llevábase las manos a la frente con expresión de profundo dolor.

—¿Qué sucede? —le preguntó Nadia temblando.

—Lee —dijo Vera, entregándole la carta a su amiga.

Esta la recorrió en un momento, leyendo luego en alta voz:

«Vera, me muero. Ven sin miedo.

Tu padre».

—No te aflijas, Vera —la dijo Shasky—; esta carta huele de un modo horrible a engaño; yo veo en ella la mano del canalla de Godunov. Estemos en guardia.

—Desgraciadamente —respondió Vera palpitante

de emoción— conozco demasiado la letra de mi padre.

—¿Quién la ha traído?

—Un hombre que guía una *troika*.

—¿Por qué no se ha apeado?

—No ha querido, y eso que le he ofrecido un vaso de vodka.

—¿Por qué?

—Ha dicho que no puede confiar a nadie sus caballos, pues son tres potros muy vigorosos.

—¿Vamos a ver? —dijo Wassili.

—Vamos —respondieron Shasky y Nadia.

Los cuatro compañeros, precedidos del voivoda, subieron la escalerilla, atravesaron la sala baja y salieron a la puerta de la cabaña. La noche era serena, pero sin luna. Aun cuando el calendario ya anunciaba la primavera, la temperatura era crudísima, lo que en Rusia significa de quince a veinte grados bajo cero.

El tapiz de nieve extendido sobre la llanura blanqueaba a la claridad sideral. La masa negra de la *troika*, de los caballos y del cochero resaltaba en la límpida noche.

—¿Quién eres? —preguntaron Shasky y Wassili, acercándose al cochero, que estaba envuelto en su pelliza con la cabeza cubierta por un gorro de pelo, cuyo alto borde ocultaba casi la mitad de la cara.

—Un cochero del general.

—¿Quién te ha dado la carta?

—El mayordomo; y me ha dicho que no perdiera ni un segundo porque el general está moribundo; así es que he devorado el camino...

—¿Por qué no te apeas? Nosotros sujetaremos los caballos. Un vaso de vodka te sentaría bien...

Pero Vera, envuelta en una gran pelliza, había ya saltado al lado del cochero, diciendo:

—Gracias, amigos míos, por vuestra intención; pero me vais a hacer perder un tiempo precioso. Mi padre se muere, y yo no debo de vacilar un momento, pase lo que pase, en correr a su cabecera...

Apenas estaba instalada Vera, cuando el cochero agitó el *knut*, fustigando a los caballos, y el vehículo arrancó como una flecha, escapándose de entre las manos a Shasky y a Wassili, que instintivamente trataron de detenerlo.

Durante algunos segundos permanecieron inmóviles, azotados por el aire helado de la estepa, mientras la *troika* perdíase veloz entre la oscuridad.

Al fin, Shasky rompió el silencio.

—¿Volveremos a verla? —dijo tristemente, entrando en la cabaña.

Nadia movió la cabeza.

—También mi corazón está angustiado por tristes presentimientos...

—¡Animos! ¡ánimos! —exclamó Wassili—. Vera es fuerte y valerosa, y sabrá salir de cualquier peligro que la amenace...

—¡Así sea! —dijo el voivoda. Y la cabaña de los zingaros volvió a quedar sumida en el silencio.

Igual era el silencio en la *troika* en donde iba Vera y el misterioso cochero.

Si bien es verdad que Vera no podía congratularse mucho de la ternura paterna del general Sádoff, no por esto dejaba de ser una hija cariñosa y respetuosa. El pensar que su padre iba a morir, y que tal vez ella no llegaría a tiempo para recoger su último suspiro, turbábala profundamente, haciendo acudir a sus ojos las lágrimas y a su garganta los sollozos. De buena gana habríale hecho muchas preguntas a su taciturno compañero, pero, ¿para qué? Parecía ser muy zafio e ignorante, y además, haciendo ya un rato que había salido del palacio, no podía saber más de lo que ya había dicho. Los caballos devoraban materialmente el camino, y el trineo volaba como un rayo sobre sus patines de acero.

Vera trataba de descubrir en la oscuridad los detalles del paisaje nocturno. La fatal noticia, la carrera vertiginosa en la desierta noche, el extraño silencio de su compañero y su inexplicable cuidado en ocultar sus facciones eran todas cosas muy poco a propósito para levantar el ánimo de la joven. Esta sabía que debía estar cerca de la casita de campo de Guthowsky, confortándola el pensar que dentro de poco descubriría las ventanas iluminadas, detrás de las cuales un anciano amigo, el venerable biólogo, velaba absorto en sus extraños estudios, que parecían ser un obstinado desafío a la Naturaleza.

Y en verdad que en estos momentos necesitaba Vera de algo que la confortara. Las más oscuras dudas turbaban y entenebrecían su mente. Era cierto que había recibido una carta de su padre, cuya letra había ella reconocido perfectamente; pero un misterioso instinto arrojaba su alma en un mar de dudas, de las que no conseguía libertarse. «¡Ven sin miedo!», habíala escrito la temblorosa mano de su padre. Esto quería decir que él pensaba protegerla, al menos por el momento, de las insidias de la policía. Pero el odio de Godunov, ¿no podría alcanzarla lo mismo? ¿Tendrían razón sus amigos? ¿No podía el malvado e inundo verdugo de José Duda aprovecharse de tan doloroso incidente para llevar a cabo alguno de sus torpes designios?...

Mientras que tales dudas llenaban la alma de angustia, Vera dióse cuenta de que la *troika* acercábase a la casa de campo, pero, con gran espanto suyo, vió a lo lejos un resplandor rojizo, del cual elevábase una densa columna de humo.

No era posible la duda. La *troika*, en su veloz carrera, acercábase rápidamente al inmenso resplandor, y Vera, aterrada, convenciase de que las llamas elevábanse de la casa de campo de su viejo amigo. Oprimiósele el corazón.

—Allí abajo hay un incendio --le dijo a su compañero.

Este no respondió.

—¿No ves? La casita de Guthowsky es pasto de las llamas.

—Puede que sí--respondió lacónicamente el cochero. ¡Era demasiado cierto!

La *troika* estaba cerca del incendio. Sobre la blanca llanura, enormes llamas lanzaban inmensos y rutilantes relámpagos; el cielo estaba teñido de un trágico bermejo de fuego, y ese olor triste y característico del humo, extendíase hasta bastante lejos. Vera estaba

palpitante de emoción. ¿Cuál había sido la causa de esta catástrofe? ¿Serían víctimas de ella el profesor y Marta, o habrían podido salvarse? Vera pensó con el corazón angustiado en los días pasados en aquella casa entre los sabios y afectuosos cuidados del hombre al cual ella trataba de engañar. Tal vez en aquel momento el profesor luchaba con la muerte, en medio de la soledad del bosque, sin que una mano amiga se tendiese para socorrerlo...

Pero Vera no tuvo tiempo de proseguir sus amargas reflexiones; una oleada de fuego envolvió su rostro, un relámpago deslumbrador le cegó la vista, una nube de densísimo humo la quitó la respiración. Estaba delante del lugar del incendio.

—¡Detente!, ¡detente! --exclamó, sujetando la mano del cochero.

Si bien aguijoneábala el deseo de obedecer a la última invitación de su padre, también el afecto, el agradecimiento y casi el remordimiento la imponían el deber de detenerse, aun cuando sólo fuese un momento, para enterarse de si el profesor y Marta habían perecido víctimas del fuego, o si habíanse salvado, o si tal vez llegaba ella a tiempo de prestarles algún socorro. Pero el cochero no se dió por entendido de la exclamación desesperada de Vera. Agitando violentamente el *knut* en el aire, lo dejó caer con fuerza sobre la grupa de los potros. Estos, aterrados por las llamas, y cegados por el humo, lanzáronse en un salto formidable y desaparecieron en la oscuridad como animados de un poder diabólico.

Vera, como si reconociese la fuerza de un destino más poderoso que la más fuerte voluntad, preguntábase a sí misma, qué horrible amenaza iba a descargar sobre su cabeza, girando a su alrededor sus extraviados ojos...

¡Calor, llamas, humo y crepitamientos, estaban ya lejos, pero continuaban visibles como un atroz presentimiento!

Cuando menos Vera se lo esperaba, dióse cuenta de que ya había salido del bosque de Párgolowo. La joven no había vuelto a hablar. El peso de su tristeza nublaba el cerebro, obligándola a concentrarse en sus sombríos pensamientos.

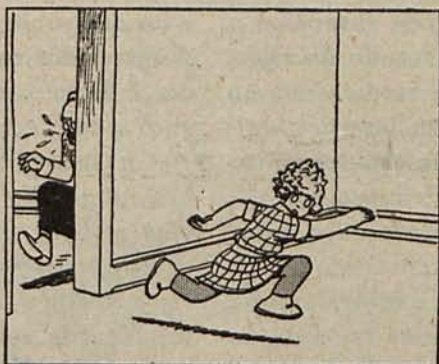
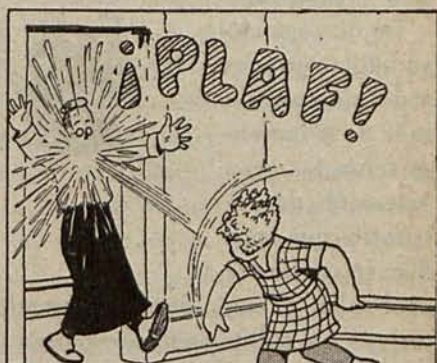
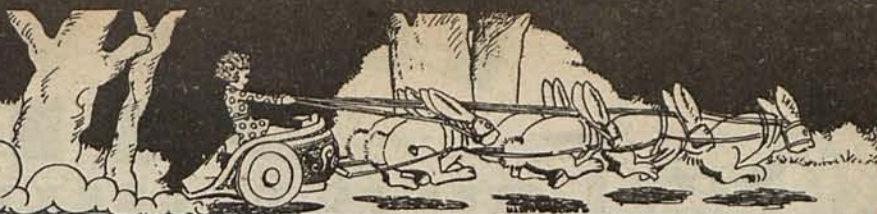
El vehículo estaba ya cerca de San Petersburgo. Vera sentíase cada vez más emocionada al pensar que se acercaba rápidamente a su padre. Ella sabía que habíale causado un gran dolor, dirigiéndose a sí misma duros y severos reproches; pero es que su padre había exigido demasiado de ella. ¿La habría perdonado? La carta recibida hacía esperar que sí... Pero, ¿llegaría a tiempo? Ella habría querido que los caballos duplicaran su velocidad; pero los tres animales habían dado ya de sí todo lo que podían dar.

Ya estaban en San Petersburgo. Recorrian las calles numerosas patrullas de soldados y de agentes de policía. A la mañana siguiente debía de celebrarse la gran revista de primavera en el Campo de Marte, en el corazón de la ciudad, entre el *quai* de la Corte, el jardín de verano, y aquel lúgubre castillo Miguel, abandonado detrás de sus fosos y sus puentes levadizos, del cual habían desertado los Romanoff después de la noche en que el emperador Pablo I halló en él la muerte en una misteriosa tragedia.

(Continuará en el número próximo.)

ANITA

BUEN-CORAZON





EL OGRO DE LA SELVA

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES
DE LA NUEVA SERIE 'BARBILÓN'

I

Anda que te andarás, tropezando en las raíces centenarias de los árboles de la selva; dejando jirones del

vestido entre las zarzas de empinados vericuetos; tan pronto pisando el césped de los suaves declives como destrozándose los pies en los puntiagudos guijarros de las cuestas; atravesando barrancos a los que jamás había llegado la luz del día, y forcejeando en todo momento con los obstáculos que la naturaleza había acumulado en aquel bosque durante cientos de años, los hijos del difunto Barón de Alto-Roble, guiados por Barbilón, su escudero, iban en busca de aventuras en las que ejercitar su ánimo y aumentar sus fuerzas para poder disputar, al llegar a hombres, el castillo de sus mayores a su traidor tío, Arnaldo de Rocadura, que les había arrojado de él por sorpresa e nicuamente.

Un día, cuando ya habían atravesado, siempre sin salir de la inmensa selva, tan gran extensión de territorio que podían reírse de sus

probables perseguidores, el recelo de los tres aventureros fué súbitamente despertado por un suceso extraño.

Acababan de coronar una colina y se disponían a pasar en ella tranquilamente la noche, cuando allá lejos, lejísimo, y a través de un océano de verdura que en todas direcciones llegaba hasta los confines del horizonte, vieron, empañando con su tenue azul las suaves tintas del crepúsculo, una columnita de humo que claramente indicaba que alguien, además de ellos, había escogido el bosque por morada.

Barbilón oteó atentamente, husmeó más atentamente todavía, y, atusándose los rebeldes pelos rojos de un fuerte manotazo, lanzó un gruñido de descontento,

mientras que, maquinalmente, buscaba a su izquierda la empuñadura de su espada.

Ante tal movimiento, Ricardo y Manfredo no pudieron ocultar su risa, pues recordaron que el descomunal espadón de Barbilón había quedado clavado, en señal de reto, en lo alto de la torre del homenaje de su castillo.

Pero Barbilón no estaba de broma. Previendo la inminencia de un peligro, solicitó la atención de sus jóvenes señores, y, bajando la voz, les dijo:

—Habéis de saber que no en vano he buscado la empuñadura de mi fiel Cortacabezas. Jamás, ni cuando disputábamos el terreno a vuestro tío, ni cuando en nuestra huida a través del bosque pasamos por entre los doscientos bandidos dormidos, hemos estado en tal riesgo como estamos ahora.

Barbilón se interrumpió un momento para volver a mirar al humo lejano, y luego continuó, bajando más todavía la voz, de modo que vino a convertirse en un susurro:

—En esta selva vive desde tiempo inmemorial un ogro, terrible comedor de hombres, niños y mujeres, a

quien ni las tropas reunidas de todos los señores de estas cercanías, ni los nutridos batallones del mismo Rey, han logrado reducir. Parapetado entre los árboles, a los que sobrepasa en altura, se va apoderando de los desgraciados caminantes a los que la mala suerte lleva cerca de su campamento. Aún no hace mucho que devoró a dos honrados comerciantes que traían mercancías a nuestro castillo. El ogro debía de estar hambriento, puesto que, abandonando su morada habitual, vino a coger a sus desgraciadas víctimas a la vista de nuestro vigía de la torre. Este nos indicó el tristísimo espectáculo, y, no pudiéndome contener, salí con una veintena de soldados aguerridos para arrebatarme su presa. Pero no lo logramos, a pesar de que iba cargado





de sus prisioneros. Y con roncas y des-
templadas voces nos dijo que volver-
ría. Y en efecto, un mes después, al
despuntar el día, oímos su vozarrón enorme que desde
la selva nos llamaba... A los más valientes se nos puso
la carne de gallina, y en cinco minutos hicimos más pre-
parativos de defensa en el castillo que si se hubiera
tratado de rechazar el ataque de un ejército. Lanzas y
dardos fueron aguzados, se cambió la cuerda a las ba-
llestas, calderos de pez hirviendo fueron arrimados a las
troneras, se prepararon enormes piedras junto a las más
altas almenas... ¡Pero cál Es demasiado fino su instinto
para meterse en una ratonera como la que le prepará-
bamos. Se limitó a reírse fuertemente y a retarnos con
palabras ofensivas, pero sin ponerse a tiro de nuestra
máquina ni abandonar la selva. Entonces resolvimos
jugar el todo por el todo: salimos al campo los mismos
veinte que anteriormente, pero esta vez armados de
lanzas envenenadas, y nos internamos en la espesura...
¡Poco nos duró la ilusión de cazarlo! Cuando más lejos
le creíamos, de un macizo de árboles salió una mano,
y arrebatando a dos de mis camaradas, los acogotó en
un instante. El resto se abalanzó para herirle; pero al
ver que sus esfuerzos eran inútiles, pues tiene una piel
más dura que el bronce, mis camaradas huyeron, llenos
de pavor, no sin que el ogro se aprovechase para es-
trangular a otros dos. Entonces me quedé yo solo ar-
mado de mi espada frente al coloso.

»—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

»—Barbilón —le dije, procurando asegurar la voz
todo lo posible.

»Me miró de arriba abajo con manifiesta complacen-
cia, y yo temblé pensando en que la fiera calculaba la
cantidad de *bifteacs* que de mi cuerpo podían salir.

»—Me gustas porque eres valiente —dijo después
del examen—; pero me desagradas porque te mezclas
en mis asuntos. A ti no te mataré de momento...; pero
te reservo para mis épocas de hambre...

»—¡Todavía me tienes que coger! —le dije ardiendo
de rabia.

Entonces desenvainó su cuchillo con cierto desdén
y luchamos. Gracias a mis fuerzas, pude resistir durante

media hora sus
ataques, y aun he-
rirle de un fuerte
tajo en un pie; al
sentirse herido
se encolerizó,
arrojó su arma al
suelo, y desde-
ñando mis moli-
netes desespera-
dos, me cogió
diestramente por
el cuello del ju-
bón y me levan-

tó en el aire tan fácilmente como si fuera un pelele.

»—Te debería matar como a un pollo —dijo con
voz extrañamente amenazadora—; pero como nunca
me vuelvo atrás de mis decisiones, te reservo para más
adelante... Y ahora vas a ver cómo te ato en un peri-
quete.

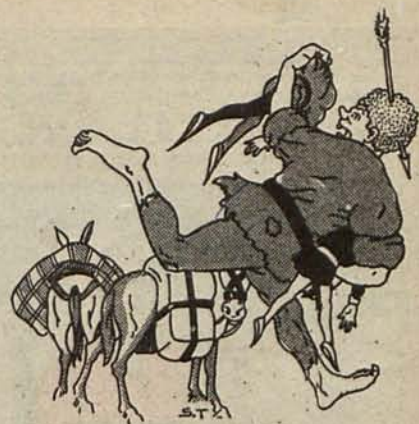
»La idea que se le había ocurrido debió ser de su
agrado, porque a pesar del dolor de la herida que le
hice, pasó de la cólera a la alegría con la mayor rapi-
dez. Pronto lo supe a mis expensas.

»Me cogió por los pelos de la barba y se pasó unos
cuantos mechones por el cinturón después de asegu-
rárselo fuertemente a la barriga. Luego, sin volver la
cabeza para mirarme, echó a andar, llevándome casi a
rastras. Ya podéis figuraros que mi tormento era ho-
rroso. Sin embargo, comprendiendo que mi vida pen-
día de un pelo, no me quejé, y apelando a toda mi as-
tucia, imaginé un plan para ponerme en salvo.

»Empecé por desceñirme el cinturón, y aprovechan-
do un descanso de los que el ogro hacía a menudo,
pues, además de mi peso, que no es escaso, llevaba
también auestas a los cuatro cadáveres de mis cama-
radas), introduje hábilmente mi correa a través de la
suya, de modo que cuando reemprendió la marcha, en
vez de quedar suspendido por la barba quedé agarrado
con ambas manos al cinturón. Poco a poco fué desen-
redando los mechones, y, al fin, mientras el ogro bebía
agua en un arroyo, puse en mi lugar una piedra de re-
gular tamaño y me escabullí entre la maleza.

»Al levantarse el ogro no notó el cambio y
se largó con viento fresco.

Yo eché a correr hacia el castillo y llegué a
él cuando las sombras empezaban a sustituir a la
luz del día.



(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



CUANDO VENGA CURRINCHE Y SE ENTERE DE QUE TODO EL CAPITAL QUE TENIAMOS ME LO HE COMIDO EN ANCHOAS LE VA A DAR UN MAREO QUE SE VA A QUEDAR BLANCO PARA TODA SU VIDA



BUENOS DIAS DON TURU

QUERIDO CURRINCHE, TENGO QUE DECIRTE UNA TRISTISIMA NOTICIA.

TE LA DIRE POQUITO A POCO PARA NO IMPRESIONARTE. HOY NO COMEMOS PORQUE NO HAY EN CASA NI UN CUARTO



NECESITAMOS BUSCAR UN DESTINATO, CURRINCHE, ESTA SITUACION HAY QUE SOLUCIONARLA CON URGENCIA

SE SOLUCIONABA MEJOR CON UN BUEN PLATO DE PATATAS CON CHORIZO



¿NO TE PARECE A TI QUE YO SOY UN CABALLERO MUY FORMAL?

¡PSCH! ¡ARATOS!

SE NECESITA CABALLERO FORMAL PARA LA LIMPIEZA DE ESTE HOTEL



UN SERVIDOR ES MUY FORMALITO, ¿SABE USTED?

¡BUENO! ¡PUEDE USTED QUEDARSE, Y EL MORENITO SI QUIERE, TAMBIEN



YA HAS OIDO QUE HA DICHO LA SEÑORA QUE LIMPIEMOS BIEN LOS CUADROS. VETE A LA COCINA Y TRAETE LOS CHISMES PARA LIMPIAR



CURRINGHEE, TRAETE LA ARENA EL JABON Y EL ESTROPAJO, QUE ESTO CON EL PLUMERO NO SALE



¡GRACIAS A DIOS QUE ESTAN LIMPIOS! ¡HAY QUE VER COMO ESTABAN DE PINTURA! ¡SI NO ES POR LA LEJIA NO SALE!

YA NOS HEMOS BANADO UNA PAELLITA





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

LOS CUATRO HUERFANITOS

Castillo

CUATRO muchachos vivían con su padre, que era muy pobre; antes de morir les repartió toda su riqueza, que consistía en cuatro muebles viejos, casi todos inservibles, y en las ropas de vestir.

Muerto el padre, no tuvieron mucho que discurrir. Era preciso abandonar la casa paterna, y así los cuatro hermanos salieron a ganarse la vida por cuatro caminos diferentes, quedando en reunirse en el pueblo, cuatro años después, en el mismo día.

El mayor no tardó mucho en encontrarse, por casualidad, con un hombre que, con el mayor desdén, le preguntó adónde iba.

—A aprender un oficio —respondió el muchacho—, porque soy huérfano y pobre.

—Vente conmigo —le dijo el otro—, y te enseñaré a robar.

—Eso, no —dijo Pedro—; es una profesión vergonzosa y prohibida por todas las leyes, que suele acabar en el patíbulo o en la cárcel.

—Te equivocas; no se trata de quitar lo ajeno. Cuando yo te haya enseñado las habilidades del oficio, sabrás apoderarte de las cosas más recónditas y de todo lo que a nadie pertenece, y como son cosas sin dueño, no es hurto cogerlas.

Pedro acabó por dejarse persuadir, y se marchó con aquel hombre. Al cabo de cierto tiempo había logrado en aquella habilidad una destreza que hubiera estado harto mejor empleada en otra cosa.

Entretanto, su hermano Juan, el segundo de los cuatro hermanos, se había encontrado también con un hombre que le preguntó adónde iba.

—Voy a aprender un oficio honrado y que dé utilidad.

—Si tienes buenos ojos, puedes venirte conmigo; yo haré de ti un buen astrónomo; llegarás a que nada haya en la tierra oculto a tus miradas.

Juan aceptó, y el maestro quedó tan contento, que, cuando acabó el aprendizaje, le regaló un magnífico anteojo, con el cual se distinguían los objetos más diminutos en cincuenta leguas a la redonda.

El tercer hermano, Enrique, entró de aprendiz con un cazador de oficio, muy diestro en el manejo de las armas de fuego.

Mostró tan buenas disposiciones, que le dió su maestro una excelente carabina, diciéndole:

—Como sabes apuntar muy bien, y tiras ya como yo, toma esta arma; con ella darás siempre donde se te antoje, pero procura no dañar a nadie.

Miguel, que era el menor de los hermanos, había dado con un sastre, que ofreció enseñarle todos los recursos de su oficio. Al concluir su aprendizaje, el maestro le regaló una aguja muy especial, aunque no grande, diciéndole:

—Toma esta aguja, pero no la pierdas, ¡ten mucho cuidado! Con ella podrás coserlo todo, así sea duro como el acero, o blando como la manteca, y nadie podrá distinguir la costura que tú hagas.

Pasaron los cuatro años, y el día en que se cumplieron llegaron los hermanos al pueblo de su nacimiento muy contentos.

Se abrazaron todos con alegría, y se dispusieron a utilizar lo mejor posible sus habilidades.

Precisamente entonces se hallaba el país en conmoción.

La hija del rey había sido víctima de un rapto inexplicable, y, por más diligencias que hiciera su padre, no había parecido, y nadie daba razón de ella.

El rey, desesperado, hizo anunciar que el que trajera a su hija se casaría con ella, y más adelante, cuando él

muriese o se retirase del poder, heredaría su corona.

Al saberse la noticia del rapto de la joven y las recompensas que ofrecía su padre al que se la devolviera, los cuatro hermanos se dijeron sin titubear:

—He aquí una buena ocasión de distinguirnos; asociémonos para rescatar a la princesa, y haremos nuestra dicha.

—Pronto voy a saber dónde está oculta —dijo el astrónomo.

Y, dirigiendo su anteojo sucesivamente hacia los cuatro puntos cardinales, distinguió a unas cuarenta leguas, a la orilla del mar, a la joven princesa y al dragón. La princesa estaba bañada en llanto; el horrible dragón descansaba junto a ella, sin permitir que se alejara de su lado.

En seguida los hermanos le llevaron la noticia al rey;





éste, no dudando de la veracidad de los cuatro jóvenes, puso un barco a disposición de los hermanos, a fin de que fuesen a libertar a su hija.

La princesa estaba siempre como los hermanos la habían visto: sentada en la playa y entregada a su dolor; el dragón dormía a su lado, con la cabeza apoyada en las rodillas de la joven princesa. Era un cuadro horroroso, y arriesgado el proyecto de libertarla.

Enrique, por lo tanto, no se atrevió a tirarle con su carabina, por temor de herir o matar a la hija del rey.

El mayor de los hermanos saltó en tierra, se acercó a la princesa con gran disimulo y grandes precauciones, y se la llevó consigo, robándola sutilmente sin despertar al dragón.

No había pasado mucho tiempo, cuando se despertó el dragón. Al ver que la princesa ya no estaba allí, levantó el vuelo. Divisó el barco navegando, y emprendió al momento su persecución.

En el instante que llegaba a la altura del barco y se disponía a lanzarse sobre él, preparó el cazador su carabina, apuntó a la cabeza y..., ¡zás!, de un tiro mató al dragón, que cayó con violencia sobre el barco.

El choque fué terrible, grande el estrépito. La joven princesa recibió un gran susto, y el barco se deshizo, yendo todos al agua. Afortunadamente, los hermanos y la princesa fueron bastante felices para agarrarse a unas tablas, manteniéndose a flote mientras Miguel con su aguja cosía perfectamente los fragmentos dispersos de la embarcación.

Cosido el buque, navegaron de nuevo, llegando felizmente a palacio.

Al ver a su amada hija, después de tanto tiempo, no tuvo límites la alegría del rey.

—Cumpliré mi promesa —dijo a los hermanos: pero, siendo cuatro, vosotros comprenderéis la dificultad, y así designad vosotros mismos el esposo de la princesa.

Las palabras del rey suscitaron un problema difícil, porque cada uno de los cuatro hermanos quería ser el designado.

—Sin mi antejo —decía uno— jamás hubiéramos descubierto el paradero de la princesa, ni nadie la habría salvado de las garras del dragón. Me pertenece,

pues, a mí el ser elegido para casarme con la princesa.

—De nada servía saber dónde se hallaba, si yo no se la robara al pícaro animal como lo hice; a mí, pues, me corresponde casarme —decía el segundo.

—Pues yo digo que todos habríais sido devorados por el dragón a no tener yo mi carabina —añadía el cazador.

—¿No os hubierais ahogado todos si yo no hubiese cosido los restos de la nave que flotaban dispersos? —preguntaba el cuarto, y tenía muchísima razón.

Al cabo el rey intervino, zanjando así la cuestión.

—Los cuatro no podéis casaros con mi hija; y como todos alegáis el mismo derecho, y todos tenéis razón, resuelvo que mi hija no se case con ninguno.

»Pero yo no quiero dejaros sin recompensa; desde hoy os cedo la mitad de mi reino, y vosotros os lo repartiréis como buenos hermanos.

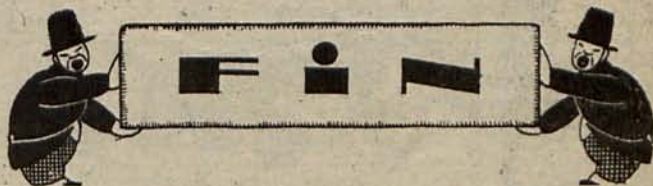
Así se hizo, y los cuatro hermanos vivieron largos años tranquilos y felices.

Como ya eran ricos, no necesitaban ejercitar los oficios que habían aprendido y gracias a los cuales habían logrado la prosperidad.

Vale más saber una cosa muy bien, que muchas a medias. Cualquier profesión honesta, desempeñada con amor y constancia, conduce al triunfo.

Tuvieron cada uno un hijo, y cada hijo heredó la habilidad del padre; pero como eran ricos no la tenían que usar para nada, aunque, a pesar de eso, diariamente la practicaban para que no se les olvidase.

Pues la ociosidad no conduce nunca a buen camino.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chononcito, ¿de qué quieres que hablemos hoy?
—¿Quieres que hablemos del murciélago, amigo buho?
—De lo que tú quieras. El murciélago es tema muy interesante. He aquí un animalito que parece una caricatura. Es rarísimo.

—Por eso ha despertado mi curiosidad. Yo no he visto nunca de cerca a ninguno. Los veo aletear por la noche, haciendo caprichosos zigzags; pero jamás los he podido ver a mi satisfacción.

—Los murciélagos son aves nocturnas. Salen después de ponerse el sol y se retiran cuando ya han cumplido los deberes de su alimentación. Son mamíferos y son aves a la vez. En realidad, no tienen todos los caracteres de los unos ni de las otras. Este animal es como un eslabón que enlaza a las dos clases. Su cuerpo es robusto y su cabeza, de forma ovalada, es bastante gruesa y está unida al tronco por un cuello muy corto. El aspecto de su cara es en extremo feo y repulsivo. La boca, muy hundida; las orejas, revestidas de anchas membranas, y la nariz, muy deprimida y también membranosa.

—Un ave con orejas debe de ser una cosa extraña.

—Como que el murciélago sólo se parece a las otras aves en que tiene alas y en que vuela; pero por todos los demás caracteres es completamente distinto. Aun las mismas alas son unos repliegues membranosos que les unen las manos al cuerpo y verdaderamente desproporcionadas en relación con el tronco. En cuanto a los pies, tienen cinco dedos que son otras tantas garras, y además un espolón muy largo que le sirve para extender la membrana de su piel entre las piernas y la cola. Tienen dientes, como los demás mamíferos, y se asemejan a los de los carnívoros. Lo que más se destaca en los murciélagos es el enorme desarrollo de la piel, que forma repliegues por todas partes. Parece como si este animalito estuviese encerrado en un saco que le viniera muy ancho. La superficie externa de esta piel se halla impregnada de un líquido grasiento de olor muy penetrante y desagradable. Cuando el animal se despierta, y siempre que quiere volar, se frota las alas con este líquido para darles mayor flexibilidad.

—¿Es cierto que los murciélagos, en vez de plumas, están cubiertos de pelos?

—Ciertísimo. Estos pelos hacen las veces de plumón y conservan admirablemente la temperatura del cuerpo de un modo uniforme. Los ojos son muy pequeños; pero el iris puede dilatarse mucho, lo que les permite ver de noche. El oído es, sin duda, el sentido más desarrollado en los murciélagos. Tienen orejas móviles y disponen en ellas de una tapa que las cierra cuando no pueden soportar el ruido, y, en cambio, sirve para recoger el más leve sonido. No cabe duda que el murciélago oye a bastante distancia a los insectos volátiles, y que cuando pierden el sentido del oído ya no tienen facultad para dirigir el vuelo y chocan con todo cuanto encuentran.

—¿Tienen inteligencia los murciélagos?

—Desde luego dan pruebas de no carecer de ella. Así lo demuestra el hecho de que ninguno escoge para vivienda un sitio cuya entrada no sea segura, ni aquellos que ofrezcan peligro de hundimiento. Además está también probada su inteligencia por la astucia con que saben sorprender su presa y por lo bien que conocen a sus enemigos, poniéndose a salvo de sus acometidas. Los murciélagos, tratándolos bien, llegan a hacerse domésticos y hasta toman el alimento de las manos de su dueño. Habitan con preferencia las cuevas naturales, y donde no las hay se refugian en minas abandonadas, en bóvedas de subterráneos, calabozos, castillos, sepulcros y catacumbas.

Estas construcciones subterráneas están tanto más pobladas por ellos, cuanto más aisladas y antiguas, porque allí se tienen por más seguros de no ser perseguidos.

—¿Qué comen estos animalitos?

—Sólo se alimentan de insectos y principalmente de mariposas nocturnas, moscas y escarabajos. Tienen un apetito insaciable, hasta el punto de que pasan horas y horas devorando insectos, y así continuarían si la luz del día no les cegase y los hiciese recluir en sus moradas. Beben mucha agua y muy a menudo, por lo que vuelan preferentemente en las cercanías de las corrientes y balsas. La digestión de lo que comen la hacen con mucha rapidez.

—Así se explica que coman tanto y que no revienten de una indigestión.

—Los murciélagos se aturden en cuanto se les oprimen, aunque sea ligeramente, las membranas de la nariz, y si esta opresión es grande puede causárseles la muerte.

—Dime, amigo buho, ¿tú no has observado ese modo de volar tan raro que tienen los murciélagos? Las demás aves no vuelan así.

—El vuelo de este animal no es sostenido, sino momentáneo, y ello se debe a que para volar han de estar agitando continuamente los brazos. Las demás aves pueden cruzar grandes espacios sin batir las alas y el murciélago sólo puede sostenerse en el aire a fuerza de aletazos.

—Se cansará mucho.

—Bastante. Sin embargo, los músculos del pecho y del vientre son muy fuertes, sus brazos son casi tres veces más largos que el cuerpo y la membrana de las alas es muy grande y muy elástica. Todo esto les facilita el vuelo. Lo que sí les cuesta más trabajo es arrancar a volar, y para ello lo que hacen es suspenderse por las garras posteriores a cualquier objeto, y, desprendiéndose boca abajo, se lanzan al espacio, donde abren las alas. En cambio, si caen al suelo pasan bastantes apuros para remontarse.

—Por el día no se ven. Se conoce que lo pasan durmiendo a pierna suelta.

—A pierna suelta, no, querido Chonón, porque duermen colgados de las extremidades posteriores. Todos son nocturnos. En sus cacerías observan un verdadero método, pues vuelan en el mismo sitio: en una alameda, en una calle, en una plaza. Todo lo recorren durante el tiempo que ellos juzgan preciso para convencerse de que ya no hay presas que hacer; entonces desaparecen rápidamente y repiten en otro lugar sus exploraciones. Cuanto más activos son estos animalitos, más comen. Si hubiese murciélagos de día, nos veríamos libres de las molestias de muchas moscas y de muchos insectos insoportables. Es una lástima que sólo salgan por la noche.

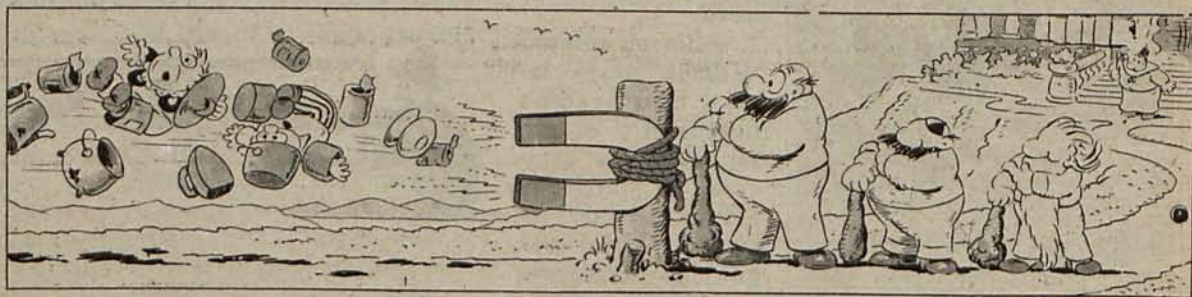
—No te quepa duda que los insectos que ellos devoran no nos molestan ni de día ni de noche.

—Estoy conforme. Además, el murciélago es útil al hombre por otras razones. Contra el salpido de las manos, sirve el aceite de murciélago. Otros dicen que la ceniza de este animal fortalece la vista y que su sangre, aplicada sobre la carne, calma los dolores. No falta quien asegure que la bilis del murciélago cura las picaduras venenosas.

—¿Tú crees en todo eso?

—¿Por qué no? Nada hay que haga eso imposible. Puede ser perfectamente cierto.

—Pues si tú lo crees, yo también.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE DICIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.



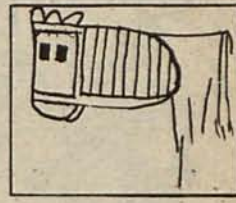
De paseo.
NICOLÁS MOYA.



En el estanque del Retiro.
JOAQUÍN REQUENA.



EL ESCARABAJO (que encuentra un gemelo).—¡Caramba, qué bonito taburete para el piano!
LUIS EGLA.



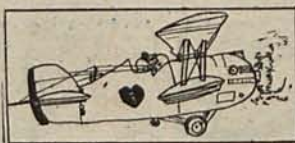
Sparkito.
LUISITA RODRÍGUEZ.



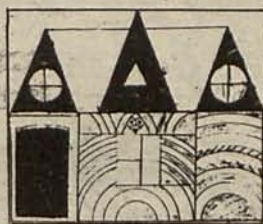
Dos japoneses.
ROSARIO LOSADA.



Paisaje.
CARMEN GARCÍA.



Un avión.
MARIANO MUÑOZ.



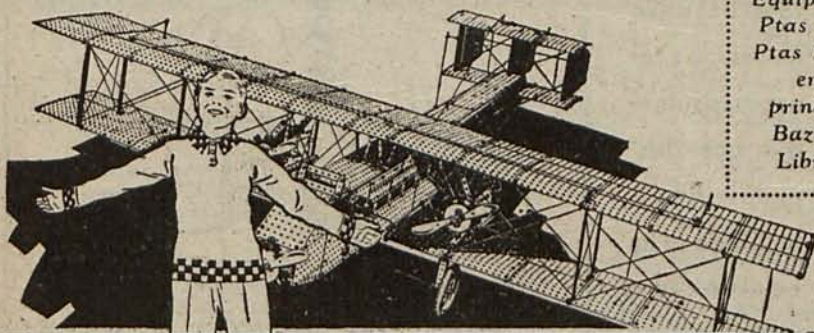
La casa de mitio.
H. MANUEL LÓPEZ.



Pole y René.
CARMEN GROSS.

Los Meccaninfos de hoy construirán los aviones de mañana

Los pilotos que realizarán los raids aéreos de mañana son los Meccaninfos de hoy, ya que seguirán los principios de la verdadera ingeniería moderna en la construcción de modelos con los mecanismos más maravillosos del mundo—Aviones, Locomotoras, Automóviles y otros, por centenares, y todos funcionarán en realidad como sus prototipos. El joven que se aprecia en saber algo de maquinaria, rehusará toda imitación de Meccano, porque nuestro Meccano es el único sistema de construcción fundado en los principios de la verdadera ingeniería.



Insista que su equipo lleve la marca

MECCANO

El juguete que ayuda a perfeccionar la famosa ingeniería

Equipos desde
Ptas 12.50 a
Ptas 1100.00
en los
principales
Bazares y
Librerías

Pídanos este magnífico librito

Este nuevo librito "El Tesoro de la Juventud" contiene pormenores completos de nuestro Meccano.

Nuestro Agente tendrá sumo gusto en enviarle gratuitamente este magnífico librito, al recibir sus señas, así como las de tres de sus camaradas. Indique el número 15 a continuación de su nombre, como referencia.

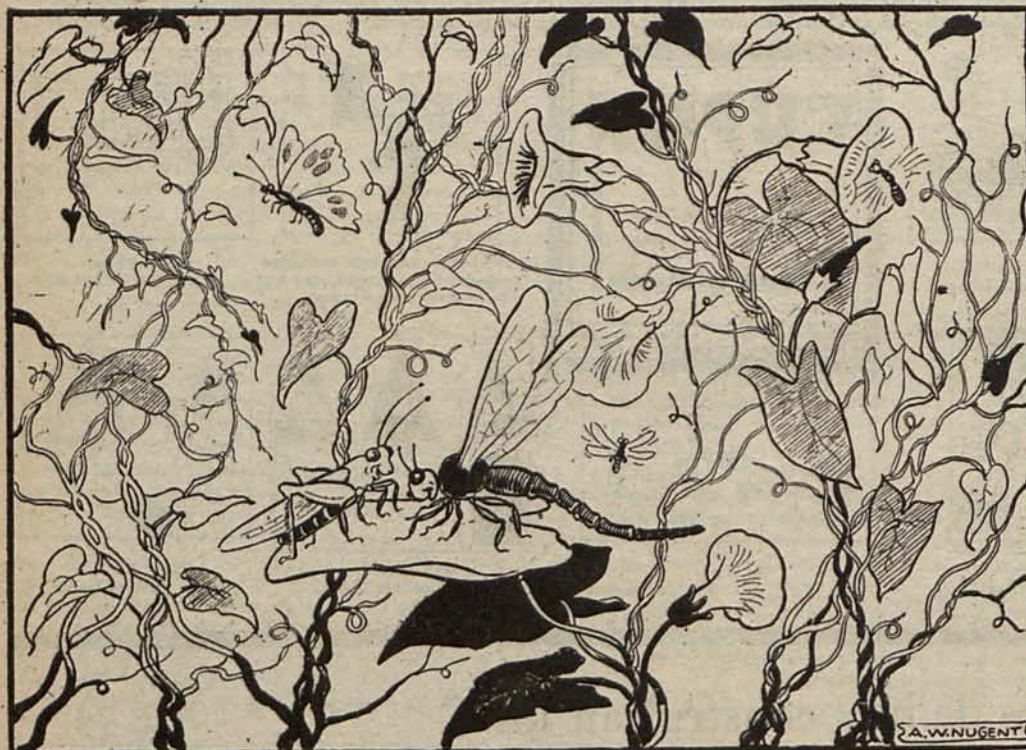
Agente para España y Portugal:

José Palouzié Serra (Sección 15), Industria 226, Barcelona
Producto de MECCANO LIMITED, LIVERPOOL, INGLATERRA

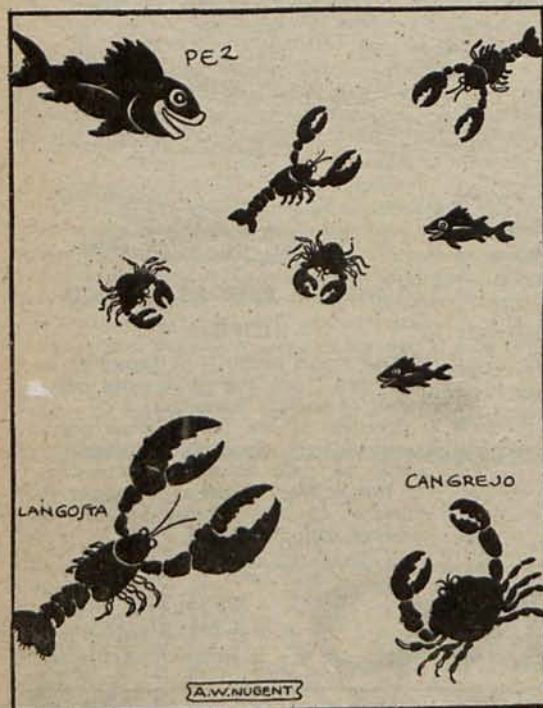
CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE DICIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LA CONFERENCIA



PADRES E HIJOS



Aquí tenéis un pez, un cangrejo y un langostino, con dos hijos cada uno. Se trata de unir a cada padre con cada uno de sus hijos por medio de líneas que no tienen que ser rectas y que no se pueden cruzar.

Otro dibujito plagado de errores. A este dibujante no vamos a tener más remedio que despedirle. En este dibujo se ha equivocado nada menos que ocho veces. ¿Es esto tolerable? ¡A buscar los errores!

DIBUJO CON ERRORES



CUENTOS EN POSTALES PARA ILUMINAR

CUENTOS EN POSTALES PARA ILUMINAR



Cada cuento tiene
doce modelos en
colores y doce
copias para
iluminar.

De cada cuento podéis sacar veinticuatro preciosas tarjetas postales; doce de ellas iluminadas por vosotros mismos. Los dibujos son muy bonitos. Pedidlos en la librería y veréis cómo os gustan mucho.

Cada cuento vale 1,50 pesetas. Si no los encontráis en la librería, pedidlos a la

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.

Calle de Valencia, número 28

M A D R I D

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASA- TIEMPOS DEL MES DE ABRIL

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

Primer premio : Julián Aranguren.
Segundo premio: María Teresa de Abadal.
Tercer premio : Federico Nieto.

ACCESITS consistente en un **DIPLOMA** con el emblema de Pinocchio y el nombre del Pinochista diplomado.

José Ramagart, Enrique Escocés, Anita Cuadrado, Luis M.^a Baswiechitz, Antonio Suárez, José Suárez, María Lombardero, Carlos Carrizosa, Marcelino Sánchez, Elena Prieto, Ramiro Galindo, Angel Pascual.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con **accésit** deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

PREMIOS A LA COLABORACIÓN PI- NOCHISTA DEL MES DE ABRIL

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

Cuentos... } **Primer premio :** Julián Orden.
 } **Segundo premio:** Pilar Gillis.
Dibujos... } **Primer premio :** Luis Vidal Ribas.
 } **Segundo premio:** José M^a A. Cascos.

ACCESITS consistente en un **DIPLOMA** con el emblema de Pinocchio y el nombre del Pinochista diplomado.

Lolita Arenas, Carmen Hernández, P. Muñoz, José Llamas, Enriquito Riera, Tomás Kroger, Eduardo Lacort, B. de Bustos, Santiago Vidal, María Luisa Abadal, T. Muñoz, Justo Ruiz, Rafael Rodríguez, Esperancita Bada, Mercedes Sanz.



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE
PIRULA

Luisito, maquinista de tren.—Mi Pirulinda Amelita se ha indignado más de una vez con las extrañas aficiones

de su hermano Luisito. Cuando le preguntan qué quiere ser cuando sea mayor, ¿sabéis lo que contesta?: «Mozo de estación.»

Y es que a Luisito, como le gustan tanto los viajes, le parece que tiene que ser el más grato oficio del mundo el que consiste en estarse en una estación, llevando baúles y maletas y viendo pasar trenes. Amelita ha logrado, por fin, convencerle de que el mozo de estación es precisamente el ser que menos viaja de todos; entonces Luisito ha cambiado de idea; ahora declara que quiere ser maquinista.

Eso es más todavía que ir en el tren: es conducirlo; y ya sueña Luisito con verse enfundado en un mono de mecánico, y entre el ruido del viento y los pitidos de la máquina, dirigiendo ese monstruo de acero que es la locomotora, con la cara y las manos más negras que después de tres meses de verano.

Y como Luisito ha oído decir que hay en España un señor, que es nada menos que el duque de Zaragoza, que se divierte en conducir trenes con el mismo entusiasmo con que otros juegan al golf, y que conduce con frecuencia el tren en que va el Rey, pues le parece que el oficio de maquinista, además de ser el más hermoso y el más divertido, debe ser también el más aristocrático de todos.

Dentro de poco, exactamente en la mañana del día 6 de enero del año 1929, Luisito se percatará de que hay algo que es todavía más distraído que conducir un tren: fabricarlo. Ya comprenderéis que me refiero a la construcción de trenes de cartón que se hacen con un álbum recortable de los de «Maña y Risa».

Y es que, en vista de sus aficiones viajeras, uno de los regalos que le van a traer los Reyes magos es el álbum del tren.

Pero esto no lo sabe Luisito; es una sorpresa.

Como Luisito, aparte de sus aficiones un tanto extravagantes, es un niño muy razonable, en lugar de pedir a los Magos una enormidad de cosas —con lo cual hubiera podido suceder que ellos se indignaran y no le trajeran nada—, solamente ha pedido un maletín para cuando vuelva a

meterse en el tren, que será dentro de seis a siete meses.

Los Reyes han encontrado moderada la pretensión del maletín y, según suelen proceder con los niños que piden poco, han resuelto añadir algunos regalos más. Estos regalos van a ser dos: el álbum del tren y el del automóvil. Lo mismo sucede con Amelita, la hermana de Luis; sólo ha pedido un costurero, y los Reyes le van a traer, además, el álbum de la

cara de hombre y el de la cara de mujer. En cuanto a la chiquitina, Tinita, que, siguiendo el ejemplo de los mayores, se ha limitado a pedir el álbum de la granja, tendrá, en suplemento, una muñeca vestida de rosa y con un collar de perlas. Pero, ¡chss!, todo esto es un gran secreto que yo he sabido G. porque me lo ha contado Pifa, la pajarita de los Reyes Magos, que, como sabéis, es muy buena amiga mía.

PIRULA, PERFUMISTA

Un agua maravillosa para las manos.—Ya llega e frío; las manecitas de mis Pirulindas, a pesar de los guantes en que van enfundadas, se agrietan a veces. ¿Qué hacer para volver a tener la piel suave y fina?

La glicerina es un remedio corriente, pero suele escocer, y además es perjudicial a la piel, que ennegrece rápidamente. Y las cremas y aguas que se venden, tampoco son siempre inofensivas ni conviene a todas las pieles. Lo mejor es confeccionarse una misma el agua de belleza, según la receta que os voy a indicar, con la garantía de que es inofensiva y saludable en todos los casos: Se llena un frasco hasta la mitad con glicerina; luego se echa, por partes iguales, zumo de limón, agua de rosas y agua oxigenada; y, por último, se le añaden unas gotas de tintura de benjuí. Todos estos ingredientes (salvo el limón, claro está) se encuentran en cualquier droguería por un precio ínfimo. Se da este agua sobre las manos antes de acostarse (tras de agitar el frasco) y tres días o cuatro a lo sumo bastan, por muy profundas que sean las grietas, por muy áspera que esté la piel, para devolver a las manos una suavidad delicadísima.



El Libro del Pequeño Ingeniero — El Tren

